

Educar es enseñar a pensar



Cecilia del Solar

Gerente General de la Fundación Margot Echeopar de Rasmuss

Constantemente escuchamos decir que “la gente no piensa”. Se toman decisiones apresuradas, no se miden las consecuencias, los discursos y la comunicación se construyen en base a supuestos erróneos, se establecen relaciones causales sin sustento, se agreden y vulneran las necesidades de los otros, los gobiernos toman decisiones que responden sólo a los síntomas y no a la raíz de los problemas. Más precisamente, no se piensa lógicamente ni críticamente. Pero, ¿nacemos con la capacidad de pensar o es una habilidad que se desarrolla? Yo creo que ambas, pero nos acostumbramos a repetir datos de memoria, a evaluar el conocimiento con pruebas estandarizadas, a ser entrenados para repetir pero no para construir el conocimiento, a actuar por impulsos, a no reflexionar sobre las consecuencias de nuestros actos. Ni la casa ni la escuela promueven la posibilidad de que los niños creen sus conocimientos, analicen, reflexionen lógicamente, críticamente y coherentemente acerca de los hechos. Y estos niños, cuando son adultos, no piensan.

Ponerse a discutir sobre las razones por las que la gente no piensa nos lleva inevitablemente a hablar de educación (sin dejar de considerar muchos otros aspectos que bien pueden ser materia de otra reflexión). Cada uno, desde su experiencia, tiene una definición o una concepción de lo que es educar. Genéricamente, la educación se concibe como la adquisición de conocimiento: los niños van al colegio y se sientan frente al profesor, quien se limita a hablar del tema que le toca exponer ese día mientras que los niños copian de la pizarra o del libro de texto. Es muy probable que en ese momento sus mentes anden en otros mundos, mucho más ricos e interesantes que el salón. Resalto la palabra exponer porque eso

es justamente lo que se hace cuando se enseña: el profesor expone un tema, los alumnos escuchan, fin de la clase.

Yo recuerdo haber tenido muy buenos maestros en la escuela, pero también otros que definitivamente no aportaron nada a mi educación (y por ende, a mi capacidad de pensar). En la universidad, sin embargo, tuve la oportunidad de tener un profesor de historia que me marcó. Sus clases eran un relato, nos trasladaba al pasado para vivir la

“Es necesario que los docentes conozcan el proceso de pensamiento para poner en la práctica actividades que hagan coincidir los objetivos educativos”.

historia. Este profesor seguramente no había escuchado nunca acerca de pensamiento crítico y tampoco había sido formado en metodologías pedagógicas innovadoras, pero algo había en sus clases que invitaba a pensar y a reflexionar críticamente sobre los hechos del pasado.

“Un buen profesor te hace pensar incluso si no quieres” (Fisher, 1998). Esto es lo que él hacía. Ser un buen profesor entonces es ser capaz de hacer que los estudiantes piensen. Pero, ¿qué significa pensar? Y más aún, ¿qué significa pensar “críticamente”? Pensar críticamente es el arte de hacerse cargo del poder de tu propia mente; es vivir y aprender lo que te empodera de manera práctica; es pensar más allá de recordar información. Implica preguntar para fortalecer las ideas,

crear ideas nuevas, resolver problemas y tomar decisiones, así como transformar la información hacia algo que puede ser usado para anticipar el futuro (importantísimo en la toma responsable de decisiones). Si esto se enseña en las escuelas como una forma de enseñar las materias, los niños aprenden a pensar de manera crítica, lo cual impacta en sus vidas mismas.

Es necesario entonces que los docentes conozcan el proceso de pensamiento para poner en la práctica actividades que, a la vez, hagan coincidir los objetivos educativos (lo que se quiere que los estudiantes aprendan) con el nivel de desarrollo del pensamiento (de lo más simple a lo más complejo). La taxonomía de Bloom, por ejemplo, da muchas luces sobre este aspecto. Al conocer el proceso de pensamiento, los profesores pueden enfocarse en desarrollar el nivel más alto. Si esto ocurre, cambian la manera en que llevan a cabo sus clases: se vuelven moderadores en vez de expositores. De esta forma los niños tienen mayores oportunidades para pensar y para crear su propio conocimiento y en consecuencia, tienen mayores logros, mejoran su autoestima y la confianza en ellos mismos. Los niños se motivan para aprender y finalmente, estarán mejor preparados para la vida después del colegio. Sea cual fuera la metodología que se utilice, el objetivo debería ser lograr desarrollar las habilidades de pensamiento analítico e inferencial para que los niños aprendan a pensar de manera crítica, a comunicarse con precisión, a resolver sus conflictos y tomar decisiones de una forma responsable. Además, los niños deberían ser capaces de entender, en el sentido más amplio de la palabra, lo que están aprendiendo. Solo de esta manera los estaremos formando para ser ciudadanos pensantes, responsables, capaces de analizar las consecuencias de sus actos. ■